

llon, que corria de uno á otro lado para restablecer el órden en nuestras filas, cayó mortalmente herido. Los reclutas formaban pelotones y envolvian á los antiguos soldados, y ni unos ni otros hacian uso de sus armas: mientras el enemigo aprovechando la oportunidad, continuó su carga rápidamente con desconpasados gritos, y logró en pocos minutos la victoria que ni imaginar podia.

Perdida toda esperanza, escapándose cada uno segun podia, mi desesperacion era tan grande como mi peligro, cuando un criado de mi ayudante de campo, coronel D. Juan Bringas, con noble franqueza me presentó el caballo de su amo, y con encarecidas espresiones me instaba á que me salvara. Busqué mi escolta, y dos dragones de ella que ensillaban con precipitacion, me dijeron: *que sus oficiales y compañeros iban á escape*. Recordé que el general Filisola se encontraba á diez y seis leguas en el paso de Thompson, y sin vacilar procuré aquel camino por entre los enemigos: siguiéronme estos, y á legua y media, en un grande arroyo cuyo puente encontré quemado, me alcanzaron. Perdí el caballo, y con trabajo me oculté entre unos pequeños pinos. La proximidad de la noche me proporcionó burlar su vigilancia, y la esperanza de incorporarme al ejército, y vindicar el honor de las armas, me dió aliento para atravesar el arroyo con el agua al pecho y continuar á pié. En una casa abandonada encontré ropa y relevé la mia húmeda. A las once de la mañana del 22, al atravesar una llanura me volvieron á alcanzar mis perseguidores, y he aquí la manera misma de haber caido en sus manos. Por el traje cambiado me desconocieron, y pre-

guntaron: *¿Si habia visto al general Santa-Anna?* Yo les respondí, *que iba adelante*. Esta oportuna ocurrencia me salvó de ser asesinado, segun despues llegué á saber.

Por lo espuesto distinguiré V. E. á primera vista, las causas principales de un suceso que con razon ha sorprendido, y cuyo éxito se ha pretendido hacer recaer, sobre mí solamente, creyéndoseme en la mansion de los muertos, é imposibilitado de presentar los hechos como han sido; pero ya que oportunamente conservo la vida y disfruto de libertad, estoy en el caso de depurarlos, hasta ponerlos tan claros como la luz del dia, para que se pueda fallar en justicia, porque estimo demasiado mi reputacion adquirida con dilatados y costosos sacrificios, y no consentiré que con impunidad se deturpe, mucho mas por quien ménos debiera hacerlo. Contrayéndome, pues, á las faltas con que algunos de mis subordinados causaron directa ó indirectamente la lamentable catástrofe de que me ocupo, observaré á V. E.: que el general Filisola me mandó reclutas en refuerzo, cuando pudo enviarme antiguos soldados: á su lado se hallaba el batallon de zapadores, compuesto de buena tropa, y no mandó un individuo de estos: en lugar de las compañías de preferencia del activo de Guadalajara, envió dos de fusileros; y pudiendo entresacar de los batallones permanentes de Guerrero y Aldama, y de los activos primeros de México, Toluca y Guadalajara los mas espertos, no lo hizo. Eludió así los efectos de mi prevision, pues al espresarle que me mandase *quinientos infantes escogidos*, fué porque no queria me enviase ninguno de los reclutas que



me constaba tenían los cuerpos: á no ser así, habria usado otra frase.

Nada ha influido ménos en este suceso el haberme mandado dicho general al capitan D. Miguel Bachiller con un correo extraordinario procedente de esa capital, que el supremo gobierno me mandó, y el que fué interceptado, pues con esto proporcionó positivas noticias al enemigo que marchaba en retirada, sin saber lo que haria, atónito con nuestros movimientos y triunfos: así supo que yo me hallaba en New Washington, el número de que se componia la seccion que espedicionaba por aquel rumbo, y la situacion de nuestras otras fuerzas, saliendo con esto del estado confuso en que se veia, teniendo siempre encima y por donde ménos lo pensaba nuestras falanges victoriosas. Con este acontecimiento se puso al cabo de cuanto podia convenirle, y saliendo repentinamente de la situacion dudosa que lo hacia caminar al Trinidad, cobró aliento, como no habria sucedido sin saber que mi fuerza era menor que la suya; pues aunque vió llegar el refuerzo del general Cos, supuso que era alguna partida que habia yo mandado salir en la noche para hacerla regresar á su vista y engañarlo, como posteriormente lo supe por boca del mismo enemigo. Tal era el espanto que reinaba en todo Tejas á consecuencia de las operaciones del ejército de mi mando, que para disminuirlo, me dijo el titulado general Tomas J. Rusk: que funcionando de secretario de la guerra del presidente de Tejas, tuvo que marchar á donde se hallaban sus fuerzas, y *predecir á todos: que el general Santa-Anna habia regresado á México á consecuencia de una revolucion en el*

*interior de la república, en razon á que los colonos y muchos voluntarios venidos de los Estados-Unidos se fugaban, sin poderlos contener. Es de advertir, que el general Filisola no tenia prevencion para mandarme la correspondencia, y que para hacerlo con seguridad, bien pudo remitírmela despues con el general Cos: no sé como pudo ocultársele la fatal trascendencia que traeria la caída en manos del enemigo, de una correspondencia tan interesante.*

El general Gaona que no se incorporó con oportunidad, y cuyo motivo de dilacion ignoro hasta ahora, me impidió que sacara doble fuerza cuando salí del paso de Thompson, pues solo llevé 700 infantes para dejar al general Ramirez y Sesma la precisa en aquel punto. Así es que, para ponerme superior al enemigo, pedí el refuerzo indicado.

El general Cos desmembró los 500 hombres, dejando 100 cerca de Harrisburg en escolta de cargas que no sé por qué conducia, pues solo previne al general Filisola mandase 50 cajones de cartuchos, de cuyas municiones trajo parte el general Cos, así como las cajas de los cuerpos que debieron quedarse en Thompson, pues á una tropa que marchaba á la ligera de refuerzo pedido, no se le acumulan estorbos, cuando se sabe que los muchos bagages entorpecen los movimientos: el refuerzo quedó desmembrado en la quinta parte, y estos 100 hombres corrieron un riesgo eminente, salvándose por casualidad.

Por último, contribuyó considerablemente á la mencionada desgracia la conducta del general Castrillon, y



de los gefes y oficiales á quienes estaba encomendada la vigilancia del campo al frente del enemigo. Siento tener que ocuparme de un individuo que no existe, y á quien siempre ví con aprecio, y de otros que aun viven; pero el deber me obliga á relatar los hechos como han sido. Estoy bien informado, de que en el tiempo que yo dormia se ocupó dicho general de afeitarse, lavarse y mudarse ropa, y que se hallaba divertido en tertulia con los demas individuos de mi estado mayor, cuando el enemigo asechaba y sorprendia nuestras avanzadas, sin haber visitado ántes ni una sola vez nuestra línea: esto mismo hicieron á su ejemplo los demas gefes y oficiales; y así parte de la tropa dormia, y los despiertos entregados al abandono, proporcionaron al enemigo la sorpresa mas completa que á la media noche no habria logrado; siéndole fácil posesionarse del bosque citado de nuestra derecha con 160 nombres, cuando estaba cubierta su entrada con tres compañías de preferencia en mayor número, que no hicieron resistencia: de aquí el aliento del enemigo para continuar el ataque, y la confusión de nuestro campo, aumentado con el espanto de que estaban poseidos los reclutas, hasta el extremo de no hacer uso de sus armas los soldados viejos, que se dejaban asesinar friamente. Es verdad que el general Castrillon se condujo con extraordinario valor en los últimos momentos, segun he relacionado, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y sus remordimientos no serian pocos ántes de espirar, si recordó el abandono de su deber cuando mejor debía haber cumplido.

Mi carácter de general en gefe no me prohibia que

descansase, porque á ningun general le es prohibido, ni puede prohibírsele, que sucumba á las necesidades naturales, particularmente en la hora y caso en que yo lo hice, confiado, como debía estarlo, de que se cumplirian mis prevenciones: el general en gefe no puede ejercer las funciones del gefe subalterno, del oficial, del soldado; á todas las clases les están consignados sus respectivos deberes y atribuciones; y si al superior no deben servirle de disculpa las faltas del inferior, esto tiene sus excepciones, siendo ciertamente una de ellas el caso de que me ocupó, por las razones referidas.

Acaso se ha intentado culparme de imprudencia por no haber marchado con todas mis fuerzas reunidas, haciéndolo solamente con la corta seccion que lo verifiqué. En primer lugar es menester advertir, para deshacer esa objecion: que yo salí de Thompson á ejecutar la operacion interesante de sorprender y asegurar á los directores de la revolucion por un golpe de mano á corta distancia: que tan luego como descubrí la retirada del enemigo por Linchburg, pedí refuerzo para quedar superior á él; y por último, que no traia ventaja verificase el ejército su marcha por un solo punto, ni reunido, porque el único enemigo que habia que combatir despues de haber sido arrollado en todas partes, se hallaba en el punto y situacion indicada: y como la direccion que habia traído y llevaba mostraba que se retiraba pasando el Trinidad, y era necesario para que no quedase quien pudiese tirar un tiro desde el rio Bravo hasta el Sabina no picarle la retaguardia, sino cortarle la retirada y batirlo, un movimiento de todo el ejército habria sido contrario á ese



plan importante que decidia la cuestion de un solo golpe, porque la lentitud con que precisamente debia hacerlo en razon á su tren, bagage &c., daba lugar á que el enemigo se nos adelantase sin que lo pudiéramos alcanzar, por los obstáculos que ya se ha dicho opone el terreno de Tejas, y los rios caudalosos que lo riegan.

La fuerza que operaba á mis órdenes, era superior en calidad á la enemiga; estaba provista de víveres y municiones, y en posicion ventajosa: aquella menor en número, cortada por el balluco de Búffalo y rio S. Jacinto ocupaba inferior posicion: estaba sin víveres, habia sido provocada á batalla el dia anterior ántes de recibirse el refuerzo, y no habia aceptado. ¡Quién con estos antecedentes habria hecho mover el ejército, perdiendo para ello momentos preciosísimos? ¡Quién dudado de la victoria? Apelo al juicio imparcial de los inteligentes, y estoy cierto que léjos de fallar como lo ha hecho la maledicencia y la envidia, que hubo por mi parte imprevision y precipitacion, dirá que se hicieron cálculos muy exactos; con prevision, actividad y tino, y que si no produjeron la victoria que era de esperarse, no dependió esto ni del plan ni de los movimientos de las acciones del general en gefe.

Demostrado como está, que puramente faltas é imprevisiones de algunos de mis subordinados, y descuido de otros, causaron la catástrofe de S. Jacinto, no me queda otra cosa que deplorar el haber participado de ella, aunque este sentimiento se mitiga cuando contemplo que hice los esfuerzos que estuvieron en mi poder, escediendo mis deberes como general en gefe para servir bien,

no encontrando en mi conducta otro esceso que el de mi celo por los intereses de la patria, que me hizo olvidar los míos propios, y posponerlo todo para asegurar aquellos, y dar gloria á las armas que se me confiaron.

La fortuna me volvió su espalda, en la ocasion en que iban á coronarse mis esfuerzos, y con esto no se ha llegado á conocer, y me he visto privado de la satisfaccion de presentarle á mi nacion un nuevo laurel.

Esto asentado, continuará la relacion de los sucesos ocurridos durante mi cautiverio, que tampoco se han eceptuado de la interpretacion maligna, ni de la mas amarga acrimonia, sin oírseme, y sin consideracion á la triste situacion de la patria.

Conducido á presencia de Houston el dia 22 de abril que se me aprehendió, y descubierto quien era, fuí recibido con señales de consideracion: para celebrar mi prision, uno propuso que se hiciera una salva, y aquel repeleó la idea, manifestando desagrado. Principió en seguida una conversacion á la que sirvió de intérprete un hijo de D. Lorenzo de Zavala, que funcionaba de ayudante de aquel gefe, y me propuso: *que librara orden para que rindieran las armas las tropas mas inmediatas, á que me negué resueltamente: despues de hablarme de sus recursos para independer á Tejas, y de las dificultades de los mexicanos para conservar tan vasta estension de terreno, me manifestó su disposicion á un avenimiento prudente, y que para poder conservar mi existencia y la de los demas prisioneros, segun su intencion, se hacia indispensable evitar un choque entre mi tropa y la suya.* Esta conferencia fué en la dificultosa situacion en que



me encontraba, lo que es á un caminante extraviado en una noche tempestuosa la luz del rayo, á cuyo favor descubre la vía. Temia que mi desgracia hubiese producido desaliento en el ejército, y me aproveché del que me daba el razonamiento de Houston, para ver si impedía sus malos efectos anunciando mi existencia, y reanimando los ánimos haria un esfuerzo, y se conseguia, como habria sido fácil, la vindicacion del honor de las armas. Tal fué la causa de mis primeras órdenes al general Filisola (números 7, 8 y 9), quien me contestó con el oficio núm. 10, conducido por el general Woll, que fué admitido como parlamentario el día 30, debiendo haberse dirigido á Houston para obtener de él una formal garantía, que no proporcionaba el acceder de plano á mis órdenes, como lo hizo sin intentar ántes reclamarnos, ó dar algun paso en nuestro favor, que quizá hubiera sido coronado por un buen suceso, si se atiende á las críticas circunstancias en que se hallaba el enemigo, á lo inmediato que lo tenia, y á la superioridad de fuerzas con que contaba. Entónces por lo ménos nuestras vidas hubieran sido garantizadas, y menores nuestros padecimientos, lo mismo que los de mas prisioneros que no estarian como están abandonados á su propia suerte. Todo esto era tan fácil conseguir, cuanto que el mayor general Whartton, el día 23 propuso á Houston que lo comisionara para pasar al campo del general Filisola, á fin de convenir con él en los artículos de armisticio, lo que no tuvo efecto, sin embargo de la aquiescencia de Houston, y otros gefes de los encarnizados se opusieron á esta medida; pero ello prueba la disposicion en que estaban de asegurarse, nacida de

sentimiento, de su debilidad, de que no pudo sacarse mucha ventaja. Grande fué mi sentimiento cuando á la llegada del general Woll, supe que á la primera noticia de mi desgracia, bien comun en la guerra, todo habia sido confusion, y que en lugar de atacar al enemigo, se emprendia marcha retrógada, siendo la idea continuar hasta Matamoros.

Sin embargo, como la citada contestacion del Sr. Filisola aparentaba dignidad, á la vez que el general Urea anunciaba el buen espíritu del ejército en una carta que me dirigió (núm. 17), no pudo Houston penetrar la verdadera intencion del general Filisola: temió á las respetables fuerzas que podian fácilmente pulverizarlo, y redobló sus lisonjeras protestas: me mostré satisfecho, y firmé la orden que sigue (núm. 12): cubria con ella principalmente el honor del ejército, y complacia á los árbitros de la existencia de mas de quinientos mexicanos, y yo entre ellos, abandonados á la suerte, y que iba á comprometerse, pues no me era ya dudosa la conducta que se seguiria.

El general Woll que se portó con la mayor dignidad, y que por lo mismo es acreedor á todo elogio, solicitó regresar á su campo, instruido por mí de lo que debia esponerle al general Filisola para que sin embarzarse por mis anteriores comunicaciones obrase conforme á sus deberes, conduciendo un pedazo de papel firmado por mí, en que decia *se le diera crédito á cuanto dijera*; pero se le detuvo con el pretesto de que *llevara el convenio de que se trataba para la cesacion de la guerra y consecucion de mi libertad*, porque temieron que manifestara lo que eran los vencedores.



Las atenciones que usaba conmigo el general Houston en esos momentos, sus discursos y la sinceridad de que lo creí animado, pudieron tanto en mi ánimo, que llegué á dar asenso á sus promesas. A esta sazón se presentaron el nombrado presidente de Tejas, sus ministros y D. Lorenzo Zavala, titulado vice-presidente, y en varias conferencias se espresaron en igual sentido. Trasladáronme en un Stinbot al puerto de Velasco, y me llevaron consigo para arreglar, segun decian, el armisticio ó convenio indicado por Houston, permitiendo me acompañasen los coroneles D. Juan N. Almonte, D. Gabriel Nuñez, y D. Ramon Caro, amanuense.

El general Houston se preparaba á marchar á New-Orleans á curarse de la herida recibida en la accion, y por despedida me habia dicho: *que el gabinete de Tejas arreglaria todo segun sus deseos*, y el mencionado ministro de la guerra Tomas J. Rusk, tomó el mando del ejército. Empeñó su marcha con cerca de 800 hombres y tres piezas de artillería, que era la fuerza disponible que habia entonces en todo Tejas, habiéndome visitado ántes, y en cuyo acto ratificó los ofrecimientos de su antecesor, dejándome en comprobante varios artículos escritos de su puño, que dijo le ocurrían para el convenio. *Todo esto pasó ántes de embarcarme en el Stinbot.*

En Velasco hubo conferencias serias con presencia de los artículos del citado Rusk, hasta que en 14 de mayo pude reducir las avanzadas pretensiones que se me hicieron (núm. 13), á lo que manifiesta el convenio que firmé en esa fecha, el cual por razones de política, ó mejor dicho, por ocultarse del conocimiento del populacho y

soldadesca, que se habia convenido mi libertad *sin pérdida de mas tiempo*, se dividió en público y en secreto, remitiendo el primero mi insinuada libertad *á cuando se tuviera por conveniente*; y como se vé, esos convenios analizados esactamente solo están reducidos á una suspension de hostilidades en favor del ejército, á la libertad de los prisioneros y mia, que creia quizá equivocadamente favorable al mismo ejército y á la nacion y su causa, y á halagar por último al enemigo para conseguir estos objetos, con la esperanza de que influiria para que sus comisionados *fuesen oídos* en las pretensiones que traian, y á cuyo éxito, bueno ó malo para ellos, en nada contribuía mi ofrecido empeño de que se les oyese (números 14 y 15) Al admitirlos llevé ademas la mira de que si, como temia, no se restablecia el buen espíritu en el ejército, y se retiraba en no muy orden como ya tenia noticias, porque se dejaron hasta los enfermos abandonados (núm. 16), el enemigo, ligado por el armisticio, no lo persiguiera como lo queria hacer, y la catástrofe fuera mayor. El general Woll, que habia perdido la esperanza de conducir el mencionado convenio, se habia marchado desde S. Jacinto con el nuevo general Rusk para dirigirse á su campo; pero á pocos dias se apareció en Velasco conducido por una escolta de Rusk. Me sorprendió el verlo; y habiéndome impuesto de las tropelías que se habian hecho con su persona y la de un oficial que lo acompañaba, hasta ponerlos presos como prisioneros de guerra, reclamé oficialmente, como acredita la cópia núm. 17, al presidente de Tejas, y conforme á la nota núm. 18, se libró pasaporte al general Woll para marcharse. Su estraordina-



ria demora, que daba justas sospechas, no movió al general en gefe á indagar su motivo ni á reclamar su persona.

En consecuencia, el día 1.º de junio verifiqué mi embarque en la goleta Invencible que debia conducirme á Veracruz, tranquilamente, á la vista del pueblo de Velasco, á quien cuidé de halagar dirigiéndole la despedida núm. 19, y cuya produccion hizo el efecto que deseaba.

A los dos dias de embarcado el capitan del buque J. Brown, me hizo saber que *tenia orden para trasportarme á tierra*: le dirigí en seguida la nota núm. 20 que contestó de palabra, manifestándome *su disposicion á emplear la fuerza en cumplimiento de lo que le estaba prevenido*. Esta novedad la causó el haber llegado ese dia 4 procedentes de New Orleans, y á las órdenes del llamado general Tomas J. Green 130 voluntarios, que amotinados y con amenazas pidieron se pusiese mi persona á su disposicion.

Inmediatamente escribí al Sr. Burnet el oficio núm. 21, en que concluí manifestándole, *que estaba resuelto á no salir sino muerto*, y con su respuesta núm. 22, se presentaron á bordo varios individuos, asegurándome *que mi detencion duraria pocos dias, y mi persona indudablemente seria respetada*.

Trasladado á tierra y presentado en espectáculo á los móviles de mi desembarco, fui entregado al poder militar y reducido á prision, custodiado por el capitan Guillermo Patton, que de Victoria vino espresamente comisionado al efecto, el que me trasladó á una pequeña casa inmediata á Columbia, donde permancí mes y medio.

Irritado con tal procedimiento protesté, como se vé

en el documento núm. 23, por la falta de cumplimiento de lo prevenido por parte de los tejanos. En consecuencia, y prescindiendo de los efectos de la coaccion que intervino en todos los actos posteriores á mi prision, los convenios quedaron nulos, y yo entregado á mi suerte.

La efervescencia que motivó mi desembarco fué exaltándose contra mí, hasta el grado de creerse cada voluntario autorizado para quitarme la vida, pues el 27 de junio se vino á disparar una pistola desde una ventana inmediata á mi cama, que iba á causar la muerte á los coroneles Almonte y Nuñez. En fin, el 30 de junio se dió orden para que se nos trasladase de Columbia á Goliad á ser fusilados en el lugar en que lo habian sido Fanning y sus compañeros. El principal colono E. Austin, á quien habia favorecido en México, compadecido de su situacion desgraciada, empeñado en retribuirme mis beneficios, me indicó: *que si escribia al general Jackson una carta que aunque contuviese solo ideas gratas halagase á los tejanos, pues el solo nombre de aquel magistrado de quien tanto esperaban, y á quien oian con el mayor respeto, contendría el furor popular, y facilitaria mi salvacion*. La pérdida de mi existencia no la consideraba absolutamente necesaria al bien de la pátria: no tenia esperanzas de salvarme, porque hasta el enemigo conocia que el ejército debia dar pasos para conseguirlo y no lo hacia: firmé la carta bajo las ideas que indicó el mismo Austin (núm. 24) de que es contestacion la núm. 25, y tranquilizados los ánimos con las voces que se hicieron correr de mi buena disposicion, pudo despues el general Houston realizar sus antiguos deseos favorables á mí, disponiendo que mar-



chara por Washington, acompañado de tres gefes tejanos, para que los exaltados no desconfiaran y se repitiera el suceso de 4 de junio: y aunque para mí era penosísima, como lo fué semejante marcha en el rigor del invierno, tuve que conformarme por no haber otro medio de salir del peligro.

Antes se me trasladó á Orozimba, donde á consecuencia de una denuncia de mi amanuense D. Ramon Caro, sobre *un proyecto para sustraerme de la prision*, segun se me informó despues, se me puso en 17 de agosto, y al coronel Almonte el 18, una pesada barra de grillos, á cada uno, que llevamos por espacio de cincuenta y dos dias.

La contestacion del general Jackson se funda, como es fácil advertir si se compara con mi carta, en una mala inteligencia de ella. Yo no le indicaba otra cosa sino que *se interpusiese con los tejanos* para que cumplieran con su compromiso de mi libertad, mediante á haber yo llenado los míos y estar todavía dispuesto á llenar el que me faltaba si lo exijian. Pero su respuesta negativa dejó completamente concluido este punto, y mi libertad no fué á consecuencia de ella ni de los convenios de 14 de mayo, sino como he dicho, obra de la espontánea voluntad del citado Houston, que si se movió á ello esperando por las noticias de mi pais que mi presencia en él les haria el beneficio de que estallara una revolucion, ni me lo dijo, ni alegó otro motivo que *una generosidad* que debo agradecer, y no mas.

Para mi marcha á Washington habia tres motivos poderosos, dos de ellos en efecto de necesidad, y el terce-

ro de conveniencia pública. Era preciso no alarmar á los tejanos sino corroborarles la idea de mi deferencia á sus proyectos, y ni prudente ni seguro dirigirme á Orleans, no pudiendo venir en derechura á Veracruz por falta de comunicacion entre Tejas y el resto de la república, por que aquel puerto ha sido el foco de la revolucion de los colonos y podia atropellárseme á mi regreso, y era por fin muy conveniente. que me aproximase al gabinete de Wuashington, á observar bien de cerca sus ideas relativas á nosotros y á Tejas.

En esto invertí los seis dias que allí permanecí, y la bondad del general Jackson me facilitó un buque de guerra que me condujera, despues de manifestarme sus deseos de continuar las relaciones amistosas que existen entre ámbas naciones. Muy poco hablamos, y eso por insidencia de la correspondencia que tuvimos cuando aun estaba ya prisionero, manifestandome que habia dado al Sr. Gorostiza cópia de las dos cartas, suya y mia, de que se componia. En dicho buque llegué al puerto de Veracruz, como oportunamente comunicué á V. E.

La precipitacion y dificultades que he tenido al hacer este parte, no estando mi salud buena, y mis papeles trastornados á causa del viage que hicieron, y de los sucesos ocurridos, es fácil que haya influido en su incorrecion, que advertida corregiré, indicando á V. E., que no acompaño los documentos correspondientes al tiempo que medió desde que salí de Thompson hasta el dia 21 de la accion, porque todo lo mio que llevaba, cayó en poder del enemigo y se estravió.

Al terminar tan larga relacion, creo de rigorosa jus-



ficia recomendar á la justificacion del supremo gobierno al digno coronel D. Juan Nepomuceno Almonte, por el buen comportamiento que tuvo en la campaña, y decoro con que se condujo en el cautiverio, sirviéndome ademas de intérprete en cuanto me fué menester, y del mas fiel compañero en los dias de amargura.

Por mi parte he sufrido privaciones, padecimientos, ultrajes y calumnias: la patria, á quien he servido en cumplimiento de mis deberes como ciudadano, y la posteridad, sin duda me harán justicia, que tambien espero del supremo gobierno.

Sírvase V. E. elevar al conocimiento del Exmo. Sr. presidente interino lo relacionado, para su superior conocimiento y fines consiguientes, reiterando á V. E. mi consideracion y aprecio.

Dios y libertad. Manga de Clavo, marzo 11 de 1837.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Exmo. Sr. ministro de guerra y marina.

*Letra A.*

Traducido.—Parte de Houston.—Cuartel general del ejército.—S. Jacinto, abril 25 de 1836.—A S. E. David G. Burnet, presidente de la república de Tejas.—Sr.—Siento infinito que la situacion en que me he hallado desde la batalla del 21, haya sido tal, que no me haya permitido dirigir á V. mi parte oficial ántes de ahora, acerca de dicha accion.—Tengo el honor de informar á V. que en la tarde del 18 del corriente, despues de una marcha forzada de 55 millas, que se efectuó en dos dias

y medio, el ejército llegó al frente de Harrisburg: esa tarde se tomó á un correo del enemigo, *por el cual supe que el general Santa-Anna*, con una de las tres secciones de su ejército, habia marchado en la direccion del paso de Lyuchburg sobre S. Jacinto, *quemando de paso á Harrisburg*. Se previno al ejército se tuviese listo para marchar temprano al dia siguiente. En la mañana del 19, el grueso de él efectuó el paso del Buffalo Bayon, abajo de Harrisburg, dejando á retaguardia los equipages, los enfermos y una suficiente guardia. Continuamos la marcha toda la noche, no haciendo mas que un alto en el llano, muy corto, y *sin tomar alimento*. Al romper el dia nos volvimos á poner en marcha, y á poca distancia, nuestros exploradores se encontraron con los del enemigo, y recibimos noticia que el general Santa-Anna se hallaba en nuevo Washington, y que aquel mismo dia se dirigia á Anáhuac *por el paso de Lyuchburg*. El ejército tejano hizo alto como á media milla del paso, en un bosque, y se hallaba ocupado en matar reses, cuando el ejército de Santa-Anna se descubrió marchando en batalla, habiendo levantado su campo de la punta de Clopper, 8 millas mas abajo. Se dispusieron nuestras fuerzas inmediatamente, y se hicieron preparativos para su recepcion. *Tomó una posicion con su infantería y artillería en el centro, ocupando un bosque aislado*: y su caballería cubria su ala izquierda. La artillería comenzó entónces sus fuegos sobre nosotros, y consistia de una pieza reforzada de á 12, de bronce. La infantería en columna avanzó con el designio de cargar sobre nuestra línea; pero fué rechazada por una descarga de metralla



de nuestra artillería, que se componía de dos piezas de á 6. El enemigo habia ocupado un pequeño bosque, á distancia de tiro de rifle sobre nuestra izquierda, *desde donde se contestaban de cuando en cuando los fuegos de la tropa*, hasta que el enemigo se retiró á una posicion, sobre la orilla de S. Jacinto, como á tres cuartos de milla de nuestro campo, y comenzó su reducto. Poco ántes de meterse el sol, nuestra gente montada como en número de 85, bajo el mando especial del coronel Sherman, hizo una salida con el objeto de hacer un reconocimiento sobre el enemigo. Mientras avanzaban, recibieron una descarga de la izquierda de la infantería enemiga; y despues de una *reñida refriega* con la caballería del enemigo, en que la nuestra se manejó bien y desplegó actos de un valor decidido, se retiró en buen orden, habiendo tenido 2 heridos de riesgo y varios caballos muertos: al mismo tiempo, la infantería al mando del teniente coronel Millanos, y Col Bush *con la artillería*, habian salido tambien para cubrir la retirada en caso necesario. Todos ellos se retiraron en buen orden á nuestro campo al meterse el sol, y permanecieron sin que hubiese ninguna *accion ostensible*, hasta el dia 21 á las tres y media de la tarde, tomando el primer alimento que habia dos dias no probaban. El enemigo entre tanto estendió su llano derecho, hasta *ocupar la estremidad de mi corto bosque, á la orilla del S. Jacinto*, y aseguró su izquierda con una trinchera como de cinco piés de alto, construida de cargas y equipages, dejando una tronera en el centro, en el que colocó su artillería: la caballería se hallaba sobre su ala izquierda.

Como á las nueve de la mañana del 21, el enemigo fué reforzado por 500 hombres escogidos, al mando del general Cos, lo cual hacia subir su fuerza efectiva á mas de 1.500 hombres, *mientras que la nuestra no podia pasar en su mayor número, de mas de 783*. A las tres y media de la tarde, mandé que los oficiales del ejército tejano *presentasen en revista sus respectivas compañías*, y mandé al mismo tiempo, que el *único* puente que habia sobre el camino de los Brazos, distante 8 millas de nuestro campo, fuese destruido, para cortar así toda posibilidad de escape. Nuestras tropas se alistaron con prontitud y decision, y se hallaban deseosas del combate. *El conocimiento de su disparidad numérica, solo parecia aumentar su entusiasmo y confianza, y hacia mas grande su ansiedad por el conflicto*. Nuestra situacion me proporcionó oportunidad de tomar mis medidas preparatorias para el ataque, sin esponer mis designios al enemigo. El primer regimiento, mandado por el coronel Burleron, fué colocado en el centro.

El segundo regimiento al mando del coronel Sherman, formaba la ala izquierda del ejército. La artillería, bajo el mando especial del coronel Georg W. Holley, inspector general, se hallaba á la derecha del primer regimiento, y cuatro compañías de infantería, al mando del teniente coronel Enrique Millard, sostenian la artillería sobre la derecha. Nuestra caballería en número de sesenta y uno, mandada por el coronel Mirabeau B. Lamar (cuya valerosa y atrevida conducta en el dia anterior, le atrajo la admiracion de sus camaradas, y le llamó á aquel mando), se hallaba á la estremidad de nues-